



LO QUE RUGE

IZASKUN GRACIA QUINTANA

*A Iratxe.
Te quiero, berzas.*

Hoy es el gran día. Hoy es el gran día, sí, pero no para ella. Y debería serlo, porque eso le han hecho creer toda su vida. Y porque todo el mundo lo cree. Incluso Ro, su exnovio, piensa lo mismo. Si no hubiera dejado de hablar con él hace ya un año, no le cabe la menor duda de que a estas alturas ya la habría aburrido o enfadado hasta el extremo a base de decirle lo mucho que se alegra por ella y por que vaya a cumplir su destino. ¡Alégrate, es tu gran día!, le habría dicho, y ella no le habría contestado. O sí, pero ya da igual. Porque hoy es el gran día, no la van a dejar sola ni un solo minuto y todos los ojos de la colonia van a estar puestos en ella. Así que nada de echarse atrás de repente, escabullirse, huir lejos y no volver jamás. Demasiado tarde. Tenía que haberlo pensado antes, se

dice a sí misma. Ha tenido todo un año para idear un plan y mandar su destino al carajo, pero al principio sintió que debía cumplir con su deber, luego no quiso defraudar a nadie y ahora, que tanto sus obligaciones como la opinión de los demás le dan igual, es ya demasiado tarde. Está demasiado torpe y se ha vuelto demasiado lenta como para intentar siquiera un mero amago de fuga. Incluso si saltase de la cama en este momento, que aún faltan un par de horas para que amanezca y la mayoría de los habitantes del palacio está durmiendo, la interceptarían antes de pisar el jardín. A decir verdad, no llegaría ni al recibidor. Se pregunta qué pensará Madre. ¿Pensará algo? Sabe que no le queda mucho. Hace cinco días que el médico la visitó por última vez y les dijo que sólo era cuestión de tiempo que no volviera a despertar. Un par de semanas, quizá. Nana se echó a llorar cuando oyó el diagnóstico, pero ella no se inmutó. Sí pensó con fastidio que se intensificaría la presión que tendría que soportar a partir de ese momento (como, de hecho, ha ocurrido), pero no lamentó que Madre fuera a morir. Y tampoco lo lamenta ahora, mientras, mirando

la oscuridad, espera que no amanezca y que Nana no asome por la puerta de su habitación cantando ¡Hoy es el gran día!

La colonia nació de Madre Nébulas, que a lo largo de su vida tuvo más de seis mil colonistas, sesenta Materiales y seis Futuras. No se sabe quién se encontraba con ella cuando tuvo su primera remesa y fundó la colonia (pues alguien tuvo que cuidarla y encargarse de los colonistas, de los Materiales y de las Futuras), pero eso es algo de lo que nunca se habla. Tampoco importa mucho. Las Futuras continuaron la labor de Madre Nébulas cuando esta falleció, tras treinta años remesando, y entonces, según cuentan las crónicas antiguas, comenzó la Buena Era. Las Madres Musgo, Hierba, Astro, Puente, Caída e Isla (como se bautizó a las Futuras el día de su boda), siguiendo la estela de Madre Nébulas, tuvieron miles de colonistas, decenas de Materiales y varias Futuras que, a su vez, se convirtieron en Madres y siguieron trayendo al mundo colonistas, Materiales y Futuras que continuaron teniendo colonistas, Materiales y Futuras. Todo iba bien. Las colonias crecían y todos sus habitantes vivían felices,

y puede ser que pensarán, como es habitual en tiempos de bonanza, que esa situación se iba a mantener así para siempre. Pero todo cambió con Madre Bosque. Por primera vez en la historia de las colonias, una Madre fue incapaz de procurar remesas de más de quinientos colonistas. Como el número de nacimientos de Materiales y Futuras se mantuvo estable, nadie se preocupó en exceso, creyendo que las Madres siguientes devolverían la colonia a su ritmo de crecimiento habitual, pero no fue así. No sólo las nuevas Madres tuvieron remesas similares, sino que también produjeron menos Materiales y Futuras, lo que, por primera vez, despertó el miedo y la preocupación en el interior de cada colonista. El Consejo envió delegados a las colonias cercanas, que certificaron que se enfrentaban a un problema global y no local, como habían pensado en un principio, y que nadie sabía qué hacer. Hubo quien dijo que aquello era una señal del fin del mundo y quien creyó a pies juntillas las teorías conspiratorias más disparatadas, si bien la mayoría de los colonistas se limitó a aceptar la situación tal y como era: las remesas se habían vuelto

exiguas en todas las colonias conocidas, como también lo había hecho la producción de Materiales y Futuras, y nadie conocía el motivo ni la solución a tal problema. Se creó un comité formado por las más grandes eminencias científicas destinado a elaborar un plan para devolverles a las colonias su plenitud pasada. Tras meses de estudios y deliberaciones, la conclusión fue que lo único que se podía hacer era cruzar los dedos y confiar en que todo cambiase, por sí solo, para bien. Y, como es natural, con el paso del tiempo, la situación no hizo sino agravarse.

Nana llama a la puerta y entra en la habitación sin esperar una respuesta. Con una sonrisa de oreja a oreja, le da los buenos días y empieza a vomitar palabras mientras descorre las cortinas e inunda la habitación de luz. Ella piensa que, si tuviera un arma de fuego, le encantaría pegarle un tiro por cada palabra pronunciada. Buenos. Bang. Días. Bang. Cariño. Bang. Hoy. Bang. Es. Bang. El. Bang. Gran. Bang. Día. Bang. Y dos más por decir esa última frase. Bang, bang. Entre las cejas. Imagina a Nana sangrando de no sabe cuántas heridas de bala y siente ganas de llorar.

Si tuviera un arma de fuego, probablemente se volaría la cabeza. También interrumpiría el monólogo de Nana, y sólo por eso ya merece la pena plantearse quitarse del medio. Pero no puede hacerlo, ¿no? Porque todos confían en ella. Es la última esperanza de la colonia, quizá de todas las colonias, y no puede defraudarlos. Así que tiene que aceptar su destino de una vez, actuar como la colonista adulta que es y cumplir con su deber, como hizo Madre y como desde hace quién sabe cuánto tiempo han hecho todas las Madres. Nana la ayuda a levantarse de la cama y comenta, una vez más, lo emocionada que está porque hoy es el gran día. Ella entra en el cuarto de baño y se mira al espejo por primera vez en no sabe cuánto tiempo. Dejó de buscar su reflejo porque le aterraba lo que veía en él y temió intentar mandarlo todo al cuerno si seguía siendo consciente de la transformación que estaba sufriendo su organismo, pero ahora no puede evitarlo. No sabe cuántas horas de consciencia le quedan, por lo que quiere ver en qué se está convirtiendo. Así que se enfrenta a su reflejo y quien le devuelve la mirada es una extraña.

En el año que ha pasado sin salir del palacio ha engordado casi cien kilos y ha perdido más de la mitad del cabello. Sin dejar de observar su imagen, le dice a Nana que quiere que le afeite la cabeza y se da cuenta de que sus dientes se han vuelto de color negro. No pasará mucho tiempo antes de que se le empiecen a caer. Nana le responde con tono cantarín que estará encantada de hacerlo. Siempre está encantada de hacer todo, o eso dice. Ella supone que debe de tenerle cierto cariño, puesto que ha sido Nana y no Madre quien la ha criado y quien se ha ocupado de ella durante toda su vida (y, especialmente, durante el último año), pero no está segura. Es demasiado solícita, sacrifica demasiado y siempre está a su lado cuando la necesita, por lo que asume que no puede quererla de verdad. No, al menos, como los colonistas quieren a sus hijos, piensa mientras se avergüenza al reconocer que les tiene envidia. A ella también le habría gustado haber encontrado una pareja, haber tenido una vida normal, haber recibido un bebé y haberlo criado como si fuera un producto del amor que sentían el uno por el otro. Pero es una Futura, así

que no puede disfrutar de esas cosas y debe sentirse feliz por ello. Recuerda que una vez, cuando aún era una niña, le preguntó a Nana si la quería. La cuidadora soltó una carcajada y le contestó Por supuesto, cariño, es mi trabajo, y ella no volvió a confiar en ninguna de las personas que en diferentes momentos de su vida profesaron su amor por ella en voz alta. Se aparta del espejo y se mete en la bañera con torpeza. Nana aparece a su lado poco después, abre el grifo y desparrama una cantidad ingente de sales de baño y polvo aromático de jabón sobre la loza que se disuelve a medida que sube el nivel del agua. Pocos minutos después, cuando el cuarto de baño se ha llenado de un vaho pegajoso y es imposible percibir cualquier olor diferente al almizcle, Nana se arrodilla y empieza a frotarle la espalda con una esponja exfoliante. Raspa y es desagradable, pero ella se deja hacer sin quejarse. Se deja limpiar cada poro de su piel (especialmente aquellos que esconden los grandes pliegues de carne en los que se ha convertido su cuerpo) y juguetea con el agua, aparentemente distraída, mientras Nana le afeita la cabeza

y le dice que acaba de ver su peluca y es divina. Que va a estar guapísima. Que va a ser la Madre más guapa de la historia de las colonias. Que va a traer el cambio que necesitan. Nana lo sabe. Lo supo en cuanto sacó su cuerpecito recién nacido de la remesa a la que había sido destinada. Ella también lo sabe, porque ha oído esa historia hasta la saciedad. Porque a Nana le encanta repetirla cada vez que tiene oportunidad para ello y, quizá, hacerse creer a sí misma que forma parte de algo más grande que una existencia de mera esclavitud. Porque todos somos la colonia, dice, y quita el tapón de la bañera. Mientras se vacía, Nana le aclara el cuerpo con agua limpia y añade Porque todos tenemos una labor que realizar. Y sonrío, y le dice que se ponga de pie. Tiene que ayudarla. Si no estuviese a su lado, ella no podría salir de la bañera. Nana la envuelve en una toalla y, mientras frota su cuerpo con movimientos enérgicos, le cuenta una vez más cómo la sacó —cómo sacó su cuerpecito recién nacido, en realidad, pues siempre usa las mismas palabras— de la remesa a la que había sido destinada.